

RESEÑAS

SEPPILLI, T.: *Il sincretismo religioso afro-cattolico in Brasile*, 49 pp. De "Studi e materiali di storia delle religioni", vol. XXIV-XXV, (1953/4) Bologna 1955. IDEM: *Il sincretismo religioso afro-cattolico in Brasile*, II (Note aggiuntive). Istituto di Antropologia dell'Università, 29 pp. Roma 1955.

Se trata de un tema difícil que exige dominio de la bibliografía pertinente y clara visión de los problemas que plantea. Téngase en cuenta la rica posibilidad de combinaciones y creaciones ideológicas que pueden realizarse en el lapso de cinco siglos entre las masas indígenas, negra y blanca en un escenario de excepcional vitalidad como es el Brasil colonial, imperial y republicano. Se habla de indios, pero estos mismos no constituyen un grupo homogéneo; se habla de negros con toda la impropiedad del término, sabiendo que los esclavistas de ultramar elegían sus mercancías en distintas partes; se habla de blancos, pero tampoco éstos forman una sola unidad racial o étnica.

Las religiones de varios grupos de indios y de una serie de pueblos africanos se mezclan con las importadas de allende por los colonizadores, misioneros e inmigrantes de las más distintas ideologías. Se producen contactos, fricciones, mezclas y combinaciones conjuntamente con la paulatina penetración de la civilización europea e ingerencias políticas extranjeras, creando notables desequilibrios tensionales, que a fines del siglo pasado, se resolvieron en estupendos movimientos mesiánicos de masa o de franco proceso de ateización en importantes estratos de las ciudades industriales. Este cuadro —«in perpetua dialettica evoluzione» (pág. 6)— es el que examina paso a paso, Tullio Seppilli.

Una nota histórica introductiva reseña el ingreso de los africanos en el Brasil por obra de los portugueses. Examina los procesos de sincretismo religiosos afrobrasílico destacando, desde el principio, cómo el contenido espiritual de los esclavos desbordó de sus fuentes primigenias e inundó a toda la población. Se constituyen sistemas religiosos flúidos, semiorganizados que se recortan y alejan de las formas madres africanas por un proceso de continua adaptación; los fieles se reclutan, principalmente, entre los negros y mulatos, entre los sectores más populares y allí se encuentra una expresión de típico sincretismo cuando los mismos individuos participan del culto africano, del culto católico y de sesiones de espiritismo.

Analiza la importancia del aporte de la estirpe *yoruba* y de la gran cultura *bantú* y las mutuas relaciones con el catolicismo y, en especial, destaca el hecho dual *orishá* (yoruba) más santo (católico) como expresión característica de la posible interinfluencia.

La dilucidación del alcance y límite de los elementos islámicos, importados por la estirpe yoruba, es objeto de párrafos especiales muy interesantes, sobre todo cuando se ve a los grupos islamizados intentar establecer su hegemonía que luego se resuelve en las famosas «revueltas de esclavos». Es curioso observar cómo un elemento religioso bantú, el culto a los antepasados, sirvió de conexión con el culto espiritista de los discípulos de Allan Kardec, creando el «baixo espiritismo».

Delinea, luego, las alternativas dialécticas entre los componentes sudaneses, guineos, católicos y espiritistas para considerar, en seguida, al nuevo elemento que entra en juego, es decir, la influencia indígena propiamente dicha.

Un nuevo rumbo toma el estudio del profesor Seppilli cuando plantea consideraciones metodológicas; reconoce la falta de una interpretación unitaria del fenómeno sincrético y, por lo tanto, una sistematización relativa de los diversos factores causales y una jerarquía de las distintas integraciones de orden psicológico e histórico.

La abolición de la esclavitud abre nuevos cauces a la dialéctica de las transculturaciones y del sincretismo al variar fundamentalmente el *status* del hombre de color y al plantear el panorama de una sociedad en contradicción histórica consigo misma, por lo menos desde el punto de vista de su organización económica. A la vez, es evidente que la abolición cortó la comunicación viva y renovada que el negro tenía con las culturas originarias africanas. Librado a sí mismo, la autotransformación se hace más intensa y particular.

Por último, menciona el autor el rol de la «espontaneidad» en el mismo proceso de la transformación cultural y describe la triple tendencia: 1) hacia las bajas formas supersticiosas; 2) el auge del espiritismo y 3) el desarrollo paulatino de actitudes ateizantes.

En *Note Aggiuntive* reintegra a la primera parte, textos y notas que habían sido suprimidos por exigencias editoriales y que constituyen una buena masa de material; además contiene una nota sobre el empleo de los términos Cultura y Civilización y un sumario analítico (en italiano, inglés y portugués) de todo el trabajo.

Creemos que este estudio, en especial por su orientación metodológica puede constituirse en uno de los aportes más positivos para conocer el estado actual de las investigaciones sobre el tema y facilitar su continuación con perspectivas claras y eficaces.

ARMANDO VIVANTE

HARRISON, T.: *The distribution and general character of native pottery in Borneo*, en «The Sarawak Museum Journal», vol. VI, pp. 301-306, Kuching, 1955.

La práctica de la alfarería está a punto de desaparecer en Borneo, ante la introducción cada día más numerosa de recipientes de metal. Pero, en tiempos antiguos era éste un arte muy general en esa parte de Indonesia.

El autor del trabajo que reseñamos, que es funcionario del Sarawak Museum de *Kuching*, Borneo septentrional, pasa revista a todo lo que se relaciona con este antiguo arte en aquella parte del mundo, y encuentra que el mismo se caracteriza por una serie de rasgos del mayor interés. Así, los alfareros son siempre mujeres; no usan la técnica del rodete en espiral; la decoración es siempre incisa y simple, geométrica, y las formas son invariablemente globulares. Por lo tanto, la cerámica antigua de Borneo es bien la que corresponde al carácter de sus culturas de tipo medio.

En la misma dirección están también las relaciones que establece el autor con el sudeste de Asia. Pues, la técnica del yunque y paleta para la fabricación de cerámica, que es general en Borneo, es igualmente común en aquella región. La técnica en espiral, en cambio, comienza a presentarse más al este en Oceanía.

Interesante es que, de acuerdo con los datos que ofrece Harrison, los grupos nómades del interior de la isla todavía utilizan en su cocina los recipientes hechos de un internodio de bambú.

SALVADOR CANALS FRAU

IRIBARREN CHARLIN, J.: *Alfarería con decoración incisa en el área de la cultura diaguita*. De «Revista del Museo de Historia Natural de Chile», 12 pp., 1956.

Consideramos del mayor interés a este pequeño trabajo del conocido arqueólogo chileno. Pues, es indudable que el mismo representa un valioso aporte al mejor conocimiento de la cultura formativa de *El Molle*.

Cuando, hace unos años, ordenábamos el material para nuestra obra de conjunto «Las civilizaciones prehispánicas de América», hubimos de lamentar la escasa información arqueológica de que disponíamos sobre el área que se ha venido en llamar de la «cultura diaguita-chilena». Al menos en lo que se refiere a restos que pudieran considerarse anteriores en el tiempo a esa clásica civilización. Lo único que para entonces teníamos eran las referencias a los antiguos hallazgos de Capdeville en *Taltal*, y a los más recientes de Cornely en *El Molle*. Y sobre la base de los escasos materiales aportados por uno y otro autor, intuíamos la presencia de una cultura formativa en esa parte de Chile.

Analiza la importancia del aporte de la estirpe *yoruba* y de la gran cultura *bantú* y las mutuas relaciones con el catolicismo y, en especial, destaca el hecho dual *orishá* (yoruba) más santo (católico) como expresión característica de la posible interinfluencia.

La dilucidación del alcance y límite de los elementos islámicos, importados por la estirpe yoruba, es objeto de párrafos especiales muy interesantes, sobre todo cuando se ve a los grupos islamizados intentar establecer su hegemonía que luego se resuelve en las famosas «revueltas de esclavos». Es curioso observar cómo un elemento religioso bantú, el culto a los antepasados, sirvió de conexión con el culto espiritista de los discípulos de Allan Kardec, creando el «baixo espiritismo».

Delinea, luego, las alternativas dialécticas entre los componentes sudaneses, guineos, católicos y espiritistas para considerar, en seguida, al nuevo elemento que entra en juego, es decir, la influencia indígena propiamente dicha.

Un nuevo rumbo toma el estudio del profesor Seppilli cuando plantea consideraciones metodológicas; reconoce la falta de una interpretación unitaria del fenómeno sincrético y, por lo tanto, una sistematización relativa de los diversos factores causales y una jerarquía de las distintas integraciones de orden psicológico e histórico.

La abolición de la esclavitud abre nuevos cauces a la dialéctica de las transculturaciones y del sincretismo al variar fundamentalmente el *status* del hombre de color y al plantear el panorama de una sociedad en contradicción histórica consigo misma, por lo menos desde el punto de vista de su organización económica. A la vez, es evidente que la abolición cortó la comunicación viva y renovada que el negro tenía con las culturas originarias africanas. Librado a sí mismo, la autotransformación se hace más intensa y particular.

Por último, menciona el autor el rol de la «espontaneidad» en el mismo proceso de la transformación cultural y describe la triple tendencia: 1) hacia las bajas formas supersticiosas; 2) el auge del espiritismo y 3) el desarrollo paulatino de actitudes ateizantes.

En *Note Aggiuntive* reintegra a la primera parte, textos y notas que habían sido suprimidos por exigencias editoriales y que constituyen una buena masa de material; además contiene una nota sobre el empleo de los términos Cultura y Civilización y un sumario analítico (en italiano, inglés y portugués) de todo el trabajo.

Creemos que este estudio, en especial por su orientación metodológica puede constituirse en uno de los aportes más positivos para conocer el estado actual de las investigaciones sobre el tema y facilitar su continuación con perspectivas claras y eficaces.

ARMANDO VIVANTE

HARRISON, T.: *The distribution and general character of native pottery in Borneo*, en «The Sarawak Museum Journal», vol. VI, pp. 301-306, Kuching, 1955.

La práctica de la alfarería está a punto de desaparecer en Borneo, ante la introducción cada día más numerosa de recipientes de metal. Pero, en tiempos antiguos era éste un arte muy general en esa parte de Indonesia.

El autor del trabajo que reseñamos, que es funcionario del Sarawak Museum de Kuching, Borneo septentrional, pasa revista a todo lo que se relaciona con este antiguo arte en aquella parte del mundo, y encuentra que el mismo se caracteriza por una serie de rasgos del mayor interés. Así, los alfareros son siempre mujeres; no usan la técnica del rodete en espiral; la decoración es siempre incisa y simple, geométrica, y las formas son invariablemente globulares. Por lo tanto, la cerámica antigua de Borneo es bien la que corresponde al carácter de sus culturas de tipo medio.

En la misma dirección están también las relaciones que establece el autor con el sudeste de Asia. Pues, la técnica del yunque y paleta para la fabricación de cerámica, que es general en Borneo, es igualmente común en aquella región. La técnica en espiral, en cambio, comienza a presentarse más al este en Oceanía.

Interesante es que, de acuerdo con los datos que ofrece Harrison, los grupos nómades del interior de la isla todavía utilizan en su cocina los recipientes hechos de un internodio de bambú.

SALVADOR CANALS FRAU

IRIBARREN CHARLIN, J.: *Alfarería con decoración incisa en el área de la cultura diaguita*. De «Revista del Museo de Historia Natural de Chile», 12 pp., 1956.

Consideramos del mayor interés a este pequeño trabajo del conocido arqueólogo chileno. Pues, es indudable que el mismo representa un valioso aporte al mejor conocimiento de la cultura formativa de *El Molle*.

Cuando, hace unos años, ordenábamos el material para nuestra obra de conjunto «Las civilizaciones prehispánicas de América», hubimos de lamentar la escasa información arqueológica de que disponíamos sobre el área que se ha venido en llamar de la «cultura diaguita-chilena». Al menos en lo que se refiere a restos que pudieran considerarse anteriores en el tiempo a esa clásica civilización. Lo único que para entonces teníamos eran las referencias a los antiguos hallazgos de Capdeville en *Taltal*, y a los más recientes de Cornely en *El Molle*. Y sobre la base de los escasos materiales aportados por uno y otro autor, intuíamos la presencia de una cultura formativa en esa parte de Chile.

Faltaban, empero, las referencias a hallazgos de cerámica monocroma, especialmente de la negro-gris con ornamentación geométrica incisa, la que en estas latitudes creemos tiene carácter diagnóstico. Desgraciadamente, nuestras averiguaciones en el vecino país para establecer si el mencionado tipo de cerámica había aparecido en aquella región tenían siempre carácter negativo.

Pero el oportuno trabajo que ahora nos complacemos en comentar, nos señala que no andábamos equivocados en nuestras suposiciones. Pues, la mencionada alfarería grabada, en sus dos modalidades de estriada e incisa, se encuentra en las dos provincias de Atacama y Coquimbo, en numerosos lugares que Iribarren Charlin menciona detalladamente. Con ella han aparecido también algunos otros elementos, como la evidencia de la cestería en espiral, la base siempre plana de las vasijas, la decoración en cheurones, los torteros fabricados con un tiesto, etc., que en Agrelo acompañan aquel tipo de cerámica. Y si a ello agregamos la presencia del barbote, de las figurillas de barro, de los pendientes laminares, y de algunos otros elementos de que hemos tenido noticia por otro conducto, resultará que la analogía que también habíamos previsto entre la cultura transandina de *El Molle*, y la cisandina de *Agrelo*, queda igualmente confirmada.

SALVADOR CANALS FRAU

LAGERCRANTZ, STURE: *African methods of fire-making*, en «*Studia Ethnographica Upsaliensia*» (X) Upsala, 1954, 78 pp. 24 x 31 cm. con 17 láminas, 11 figuras en el texto y 7 mapas.

El fuego es, indudablemente, la adquisición más importante de la sociedad humana y la que más ha influido en su posterior desarrollo por la enorme gravitación que ha ejercido en la vida del Hombre, tanto en su aspecto material como espiritual. Por ello, el conocimiento de sus orígenes y la forma de su producción es un estudio que ha apasionado a muchos investigadores. En cuanto a lo primero, nos movemos sobre terreno un tanto inseguro, pues si bien descubrimientos efectuados han logrado demostrar que ya se conocía en el Paleolítico más moderno, no se puede afirmar algo concreto con respecto a épocas anteriores, aunque no es imposible que el Hombre coetáneo de ellas ya lo conociera.

En lo referente a los instrumentos para producirlo, en verdad creemos que no todos han llegado hasta nosotros, pero por lo menos nos queda el recurso de ver cómo se comportan los primitivos del presente. Se comprenderá entonces, la importancia que tiene para los estudiosos de las ciencias antropológicas, todo aporte que se realice sobre el tema a fin de dilucidar tan atrayente problema.

Por supuesto, el trabajo de Lagercrantz no es el único ni el primero, pues son varios los autores que han dedicado algunos capítulos de sus obras al fuego y a su instrumental de producción; pero tales autores siempre —o casi siempre— se han referido a él de manera muy ge-

nérica, o bien, en otros casos, reduciéndolo a pequeñas áreas o unidades sociales. Por eso, al considerar este problema como un fenómeno continental y proyectándolo, además, a tierras extra-africanas, el estudio del autor ha venido a llenar una sentida necesidad.

Lagercrantz inicia su libro con una breve introducción en la que se refiere a la materia prima, cuyo lugar más destacado lo ocupa la madera y en menor importancia el metal y el perdernal. La parte esencial de la obra está dividida en doce capítulos, de los cuales, los ocho primeros los dedica a instrumentos de madera, de ya conocida morfología (barreno, arco, bomba, etc.), y a la manera de cuya aplicación se obtiene la ansiada chispa. El noveno y décimo capítulos están referidos a los artefactos de metal y piedra y a la obtención mediante los modernos fósforos. El siguiente lo dedica a la tipología africana del instrumentario, mediante el cual se obtiene la ignición a base de aparatos puntiagudos ya sea utilizándolos para barrenar o para friccionar. No dudamos que al referirse a éstos, ha tenido muy en cuenta la división realizada por Harrison, aunque el autor no lo mencione específicamente.

En el duodécimo y último capítulo, quizá el más interesante, efectúa disquisiciones históricas respecto a los orígenes culturales y a la dispersión mundial del fenómeno en estudio, refiriéndose a las posibles migraciones de sus portadores.

Creemos, en suma, que todos aquellos que se interesen por el tema, no deben desconocer este aporte de Lagercrantz, cuyo trabajo es digno de ser considerado. En él hallarán los estudiosos una voluminosa bibliografía —que el autor demuestra conocer a fondo— además de una serie de mapas que nos ofrecen una concreta visión de la dispersión de los diferentes aparatos usados para la obtención del fuego. Si algo se pudiera censurar al autor es haber utilizado en su volumen, sin gran aporte propio, los conocimientos adquiridos al respecto por otros. Pero esta censura quedaría desvirtuada si consideramos el valor que adquiere su trabajo para los estudiosos de la Etnología del continente negro al habernos reunido, en un solo volumen, la dispersa bibliografía que trata sobre este fenómeno, que tanto ha gravitado en el adelanto de la Humanidad.

JUAN IGNACIO BENITO

MENGHIN, O. F. A.: *El Altoparanaense*, en «Ampurias», vol. XVII-XVIII, pp. 171 a 200, Barcelona, 1955.

Bien recibida será, sin duda, esta contribución al conocimiento arqueológico de una zona casi olvidada por los especialistas como es el Alto Paraná; y si pensamos que su autor ha iluminado recientemente algunos aspectos de la prehistoria de Patagonia que parecían insolubles, no podemos dejar de manifestar nuestra satisfacción al comprobar que las nuevas corrientes de investigación han fructificado también en nuestro país. Debemos tener presente que los llamados estadios precerámicos

cos y los primeros pasos de la actividad agrícola son de importancia extrema para lograr una idea completa de la historia cultural de los primitivos pobladores de la Argentina.

Colocados en este punto de vista es indudable que ya hemos trascendido el momento en que sólo interesaban los tesoros patrimoniales de las altas culturas, para empezar a estudiar otros aspectos interesantes fuera de aquel ámbito. Expresión típica de esta nueva dirección de esfuerzo es la monografía que comentamos; nos presenta una cultura precerámica, del grupo de hachas de mano, con pesados instrumentos de retoque bifacial y extrañas clavas bumerangoides, denominada por el autor, *Altoparanaense*.

Las primeras páginas están destinadas a resumir la breve historia de la investigación y a describir los hallazgos y yacimientos. En aquella, comprobamos que la primera noticia sobre este hallazgo, hecho por Federico Mayntzhusen, pereció arrollada por las ideas imperantes a principios de siglo, cuando hablar de Paleolítico en América del sur era un crimen de lesa prehistoria. En la enumeración de hallazgos se descubre un área de dispersión muy amplia que abarca el ángulo nordeste de Argentina, Paraguay y los estados meridionales de Brasil.

Bajo el rubro «observaciones generales» agrupa Menghin la parte medular de su trabajo, exponiendo en clara síntesis los aspectos cronológicos, tipológicos y corológicos del *Altoparanaense*.

Siendo la cronología el problema más candente de nuestra ciencia, toda atención es poca para sus determinaciones, de modo que una serie minuciosa de detalles aclara la posición temporal de la nueva industria. Los artefactos no aparecen mezclados con restos cerámicos o neolíticos, aunque deba admitirse una fase de relación entre *Altoparanaense* y el Neolítico, tal como lo demuestra un hacha con filo pulido. Esto asegura la perduración de la técnica del Alto Paraná hasta la iniciación del Neolítico misionero. Un cálculo aproximado del autor lo coloca en el segundo milenio. A. C. Pero interesa sobremanera saber cuándo se inició y con ayuda de la Geología admite que se remonte a un postglacial temprano, o a fines de la última glaciación, lo que nos lleva a ocho o nueve milenios A. C.

El análisis tipológico es cuidadoso y está completado con magníficas ilustraciones. Hay características hachas de mano cuneiformes, amigdaloides, foliáceas y otras en forma de azada o de pico, todas con un aspecto tan particular que las hace inconfundibles. Aparecen también clavos angulares y subangulares, raspadores, raederas, lascas, núcleos y alguna forma excepcional como por ejemplo, un mortero. Consecuencia utilísima de esta descripción es la diferencia marcada con instrumentos líticos patagónicos y pampeanos. El hombre del *Altoparanaense* usó también guijarros como materia prima, pero fabricó sus artefactos sobre el nódulo y no sobre las lascas.

Poco puede ilustrarnos Menghin acerca de otros aspectos culturales del *Altoparanaense*, aunque no resiste a la tentación de hacer conjeturas basado en casos análogos del Viejo Mundo. Para talar árboles

este viejo hombre misionero necesitó grandes hachas de mano y muchas de ellas debieron ser enmangadas. Taló árboles para construir su vivienda, y probablemente, fabricó embarcaciones del mismo material. Los picos parecen sugerir que no sólo fué cazador sino también plantador rudimentario, pese a que el hallazgo, único de un mortero no tenga por el momento valor probatorio para demostrar el carácter plantador de una cultura miolítica. En cuanto a las clavazas, las interpreta rotundamente como armas arrojadas.

Varias páginas destinadas a anotar matices corológicos del Alto-paranaense nos hablan bien a las claras de la importancia del asunto. Admite como probable su conexión con los *sambaquís* arcaicos y que, ya en el postglacial temprano, se cumplió en la Pampa y en la Patagonia una invasión de elementos alóctonos cuyo origen debe estar en el Alto Paraná y en la alta meseta brasileña.

Interesantes datos acerca de la cultura de la hacha de mano le hacen suponer que los verdaderos creadores y propagadores del cultivo en América han sido los portadores de esta cultura. Así, desde el Alto-paranaense nos lleva el autor al problema del origen del Hombre en América. Poco habituados estamos, en verdad, a especulaciones de esta naturaleza tratándose de arqueología argentina, pero pensamos que es hora de ampliar nuestras miras y dar a nuestros problemas su exacta posición en la prehistoria mundial. Esta ubicación de la cultura de hacha de mano misionera en la serie mundial de las culturas de hacha de mano contribuirá sin duda a una más conspicua valoración de los restos arqueológicos de nuestro país. Los aspectos antropológicos y etnohistóricos tienden a reforzar los argumentos precedentes.

Esta monografía es la primera palabra sobre el tema. Mucho tiempo habrá de transcurrir antes de que se diga la última, que podrá o no estar de acuerdo con aquélla. Mientras tanto existe ya una hipótesis de trabajo, aparentemente sólida, que deberán utilizar los investigadores futuros. Para terminar digamos que la unidad cultural del Alto-paranaense no admite dudas; que las especulaciones de Menghin podrán cuestionarse en mayor o menor grado, y que futuros estudios aclararán el panorama antropológico. Pero esta monografía marca una etapa constructiva por ser la primera. Siempre ha resultado más fácil modificar lo ya existente aunque sea totalmente, que plantear por vez primera una cuestión.

CIRO RENÉ LAFÓN

MURPHY, R. F. y QUAIN, B.: *The Trumái Indians of Central Brazil*. «Monographs of the American Ethnological Society», N.º XXIV, 108 pp. Glückstadt, 1955.

Poco es lo que hasta ahora sabíamos sobre los *Trumái*, el interesante grupo de indios de cultura media de la región del Alto Xingú. Desde que Karl von den Steinen los descubriera en 1884 han sido varios los

cos y los primeros pasos de la actividad agrícola son de importancia extrema para lograr una idea completa de la historia cultural de los primitivos pobladores de la Argentina.

Colocados en este punto de vista es indudable que ya hemos trascendido el momento en que sólo interesaban los tesoros patrimoniales de las altas culturas, para empezar a estudiar otros aspectos interesantes fuera de aquel ámbito. Expresión típica de esta nueva dirección de esfuerzo es la monografía que comentamos; nos presenta una cultura precerámica, del grupo de hachas de mano, con pesados instrumentos de retoque bifacial y extrañas clavas bumerangoides, denominada por el autor, *Altoparanaense*.

Las primeras páginas están destinadas a resumir la breve historia de la investigación y a describir los hallazgos y yacimientos. En aquella, comprobamos que la primera noticia sobre este hallazgo, hecho por Federico Mayntzhusen, pereció arrollada por las ideas imperantes a principios de siglo, cuando hablar de Paleolítico en América del sur era un crimen de lesa prehistoria. En la enumeración de hallazgos se descubre un área de dispersión muy amplia que abarca el ángulo nordeste de Argentina, Paraguay y los estados meridionales de Brasil.

Bajo el rubro «observaciones generales» agrupa Menghin la parte medular de su trabajo, exponiendo en clara síntesis los aspectos cronológicos, tipológicos y corológicos del *Altoparanaense*.

Siendo la cronología el problema más candente de nuestra ciencia, toda atención es poca para sus determinaciones, de modo que una serie minuciosa de detalles aclara la posición temporal de la nueva industria. Los artefactos no aparecen mezclados con restos cerámicos o neolíticos, aunque deba admitirse una fase de relación entre *Altoparanaense* y el Neolítico, tal como lo demuestra un hacha con filo pulido. Esto asegura la perduración de la técnica del Alto Paraná hasta la iniciación del Neolítico misionero. Un cálculo aproximado del autor lo coloca en el segundo milenio. A. C. Pero interesa sobremanera saber cuándo se inició y con ayuda de la Geología admite que se remonte a un postglacial temprano, o a fines de la última glaciación, lo que nos lleva a ocho o nueve milenios A. C.

El análisis tipológico es cuidadoso y está completado con magníficas ilustraciones. Hay características hachas de mano cuneiformes, amigdaloides, foliáceas y otras en forma de azada o de pico, todas con un aspecto tan particular que las hace inconfundibles. Aparecen también clavas angulares y subangulares, raspadores, raederas, lascas, núcleos y alguna forma excepcional como por ejemplo, un mortero. Consecuencia utilísima de esta descripción es la diferencia marcada con instrumentos líticos patagónicos y pampeanos. El hombre del *Altoparanaense* usó también guijarros como materia prima, pero fabricó sus artefactos sobre el nódulo y no sobre las lascas.

Poco puede ilustrarnos Menghin acerca de otros aspectos culturales del *Altoparanaense*, aunque no resiste a la tentación de hacer conjeturas basado en casos análogos del Viejo Mundo. Para talar árboles

este viejo hombre misionero necesitó grandes hachas de mano y muchas de ellas debieron ser enmangadas. Taló árboles para construir su vivienda, y probablemente, fabricó embarcaciones del mismo material. Los picos parecen sugerir que no sólo fué cazador sino también plantador rudimentario, pese a que el hallazgo, único de un mortero no tenga por el momento valor probatorio para demostrar el carácter plantador de una cultura miolítica. En cuanto a las clavos, las interpreta rotundamente como armas arrojadas.

Varias páginas destinadas a anotar matices corológicos del Alto-paranaense nos hablan bien a las claras de la importancia del asunto. Admite como probable su conexión con los *sambaquis* arcaicos y que, ya en el postglacial temprano, se cumplió en la Pampa y en la Patagonia una invasión de elementos alóctonos cuyo origen debe estar en el Alto Paraná y en la alta meseta brasileña.

Interesantes datos acerca de la cultura del hacha de mano le hacen suponer que los verdaderos creadores y propagadores del cultivo en América han sido los portadores de esta cultura. Así, desde el Alto-paranaense nos lleva el autor al problema del origen del Hombre en América. Poco habituados estamos, en verdad, a especulaciones de esta naturaleza tratándose de arqueología argentina, pero pensamos que es hora de ampliar nuestras miras y dar a nuestros problemas su exacta posición en la prehistoria mundial. Esta ubicación de la cultura de hacha de mano misionera en la serie mundial de las culturas de hacha de mano contribuirá sin duda a una más conspicua valoración de los restos arqueológicos de nuestro país. Los aspectos antropológicos y etnohistóricos tienden a reforzar los argumentos precedentes.

Esta monografía es la primera palabra sobre el tema. Mucho tiempo habrá de transcurrir antes de que se diga la última, que podrá o no estar de acuerdo con aquélla. Mientras tanto existe ya una hipótesis de trabajo, aparentemente sólida, que deberán utilizar los investigadores futuros. Para terminar digamos que la unidad cultural del Alto-paranaense no admite dudas; que las especulaciones de Menghin podrán cuestionarse en mayor o menor grado, y que futuros estudios aclararán el panorama antropológico. Pero esta monografía marca una etapa constructiva por ser la primera. Siempre ha resultado más fácil modificar lo ya existente aunque sea totalmente, que plantear por vez primera una cuestión.

CIRO RENÉ LAFÓN

MURPHY, R. F. y QUAIN, B.: *The Trumái Indians of Central Brazil*. «Monographs of the American Ethnological Society», N.º XXIV, 108 pp. Glückstadt, 1955.

Poco es lo que hasta ahora sabíamos sobre los *Trumái*, el interesante grupo de indios de cultura media de la región del Alto Xingú. Desde que Karl von den Steinen los descubriera en 1884 han sido varios los

viajeros que visitaron la región y que se refirieron a ellos. Pero esas referencias han sido siempre someras, estando relacionadas únicamente con la vida material o limitadas a listas de vocablos. Y ha sido justamente Buell Quain el primero que se asentara entre ellos y tratara de estudiar el grupo, aplicando los modernos métodos de la Etnografía.

El estudio se produjo a última hora, y cuando la cultura ya había empezado a desintegrarse. Fué en 1938 cuando el joven y entusiasta antropólogo norteamericano, en una estada de cuatro meses en la aldea *Trumaí*, pudo coleccionar los datos que sirvieron luego para preparar el libro que comentamos. En aquellos días, la primitiva sociedad de los *Trumaí*, aunque ya herida de muerte y contaba solamente con 43 integrantes todavía funcionaba íntegramente. Desde entonces, el declinar de la población y la disolución de su cultura ha ido agravándose. Con el resultado que sólo 15 años después, cuando Charles Wagley tuvo oportunidad de pasar algunos días entre ellos, el grupo estaba ya tan debilitado que sus hombres no pudieron participar en el concurso anual intertribal de lanzamiento de dardos, en cuyo deporte fueran antes famosos en toda la región.

Teniendo esto en vista, es probable por tanto que este libro constituya algo así como el testamento del simpático grupo, ya que pronto el mismo habrá desaparecido del todo como unidad funcional. También Buell Quain desapareció al año de su visita. Y ha sido un colega del mismo, Charles Murphy, quien dió forma al libro sobre la base de las anotaciones de Quain. De manera que un mismo destino trágico une al investigador y al objeto de su estudio.

Como se sabe, en lo que se puede considerar zona de refugio del Alto Xingú, casi cada aldea constituye una agrupación étnica más o menos independiente de las otras. Las grandes familias lingüísticas Aruac, Caribe y Tupí, tienen allí sus representantes. Mas, a los *Trumaí* todavía no se les ha podido reconocer ninguna vinculación fuera del área, por lo que generalmente se considera de lengua independiente. Y tampoco ha sido hasta ahora resuelto el problema de su origen.

En cambio, culturalmente, todos esos grupos constituyen una cierta unidad, y las diferencias entre un grupo y otro no son realmente grandes. Como factores que tienden a la uniformidad puede nombrarse a la costumbre bastante extendida de buscarse mujer en otra aldea, y a las relaciones comerciales intertribales que están relativamente desarrolladas. Contribuye también a esto último, al tiempo que pueden actuar en sentido contrario, las especializaciones existentes en distintas aldeas. Así, nuestros *Trumaí* se han especializado en la preparación de sal, los tupíes *Kamayurás* en la fabricación de arcos, y los aruacos *Mehinacúes* tienen el monopolio de la cerámica.

La descripción que de la cultura de los *Trumaí* hacen nuestros autores, es interesante y minuciosa. Pues, ella abarca, en sendos capítulos, tanto su economía y ergología, como su organización social y sus creencias y prácticas religiosas. Y como es de rigor en las obras norteamericanas de este tipo, se agrega también una detallada descripción del ciclo de vida que comúnmente recorre el individuo.

Un capítulo final, y no el menos interesante por cierto, es aquél que los autores titulan «la muerte de una cultura» y en el que nos revelan las causas que han llevado al ocaso de este pueblo.

SALVADOR CANALS FRAU

ADÉ, B.: *La nanisme raciel. Essai d'interpretation des facteurs constitutifs de la morphologie du Pygmée africain*, en «Archives Suisses d'Anthropologie Générale», tomo XIX, pp. 1918. Genève, 1954.

Son muchas las teorías que hasta ahora han sido formuladas para explicar la presencia de los pigmeos; de esos numerosos grupos de hombres de pequeñísima estatura que pueblan las selvas africanas y las del sudeste asiático, además de diversas zonas de arrinconamiento dispersas por el mundo oceánico occidental.

Es cierto que los problemas que ellos presentan son también numerosos. Piénsese, por ejemplo, en el misterio que envuelve sus orígenes o en las causas y en la época de su diferenciación racial. Y no habrá de extrañar entonces que estos problemas hayan suscitado numerosas controversias.

El autor del trabajo que comentamos, que ejerció su ministerio entre los pigmeos del Ituri, no comparte la opinión de aquellos investigadores que, como Kollmann, quisieran ver en los pigmeos a las primeras y más antiguas formas de la Humanidad. Y cree más bien, con la mayoría de los autores, que los caracteres que constituyen la esencia de lo pigmeo, responden a especializaciones posteriores producidas por un determinado habitat. Sólo en lo que respecta a las causas, época y lugar de la diferenciación las opiniones son muy divergentes.

La morfología de los pigmeos ha sido reiteradamente explicada como una persistencia en ellos de caracteres infantiles. El autor rechaza esta explicación sobre la base de que esta forma de enanismo va siempre acompañada de una insuficiencia funcional de las gonadas, de una hipoplasia genital y de la ausencia de caracteres sexuales secundarios. Y esto no es precisamente lo que se ve en los pigmeos.

Más apropiada parece la tesis que considera un sub-desarrollo producido por el medio y condicionado por deficiencias alimenticias o vitamínicas. Pero si esto puede explicar el tipo achaparrado del paleonegrido, o el aumento de estatura en el pigmeo que sale de la floresta africana, importa un solo aspecto del complicado problema.

Sobre la base del estudio de 7 esqueletos de pigmeos del Ituri traídos por el autor, y de las comprobaciones médico-antropológicas sobre el mismo terreno, B. Adé ensaya, en el trabajo que comentamos, una tesis nueva. Consiste ésta en atribuir a los pigmeos una modificación de la regulación endócrina, fijada genéticamente, y caracterizada por una carencia de hormona de crecimiento adenohipofisaria, por una parte, y por una hiperrestrinización, por otra. La carencia aludida se debe-

ría, sobre todo, a la alimentación unilateral, que importa sólo glúcidos y pequeñas cantidades de lípidos, y que es la dominante entre los indígenas de la floresta ecuatorial.

Nuestro autor tiene plena conciencia que la nueva teoría, como todas las otras, tiene sus puntos débiles, y que va a ser discutida. Un punto de posible desacuerdo podría ser la pretendida carencia de proteínas en la alimentación de los *Bambutis*, que nos parece no estar suficientemente probada. Al menos, y a juzgar por lo que nos dicen tanto Schebesta como Gusinde, buenos conocedores de aquellas regiones y sus habitantes: los insectos, larvas, termitas, etc., entran en buena parte en la nutrición de los pequeños hombres.

Por lo tanto, bueno será esperar las nuevas investigaciones y la obra de mayor aliento que promete el autor, antes de pronunciarse sobre el valor que pueda corresponder a la tesis que se nos ocurre muy interesante.

SALVADOR CANALS FRAU

KÜHN, H.: *Das Erwachen der Menschheit*, 216 pp., con 16 láminas. Fischer Bücherei, N.º 53. Frankfurt a. M., 1954.

Entre abril y diciembre de 1954 se editaron 65.000 ejemplares de este libro formato «de bolsillo». Ello testimonia, por de pronto, el creciente interés general por la «historia primitiva del hombre», y se explica, además, porque el autor parte para su exposición de los restos paleoantropológicos, que parecen atraer más al público por su vinculación con el problema del «origen del hombre». Así, los períodos del desarrollo humano se ubican en el triple esquema cronológico de: los pre-neandertales, los neandertales, y los post-neandertales, terminando con el final del Pleistoceno. Más brevemente se tratan las industrias correspondientes. Sigue un capítulo dedicado al contorno biológico del hombre paleolítico, a la caza y a la instalación humana. Los dos puntos siguientes, el arte y la religión, especialidad del autor, se hallan magistralmente tratados de acuerdo al carácter del libro. Se utiliza el sistema de descripciones concretas de yacimientos, con la respectiva historia de su descubrimiento. La actitud frente a lo eterno es analizada en base a las sepulturas; su mentalidad, en las prácticas mágicas reveladas por el arte parietal y mobiliario; y su idea de la Divinidad, por los restos de sacrificios animales, y por las estatuillas femeninas. El libro, que comienza por una historia de la investigación y una mención de los principios métodos de determinación cronológica, termina con una exposición de opiniones de modernos filósofos, que demuestran que el hecho científico de la vinculación genética del hombre con el reino animal ha superado la etapa de interpretación materialista, y que volviendo a Goethe, se afirma actualmente la primacía del factor espiritual en el ser humano.

Una útil lista puesta al día de los restos paleoantropológicos (en donde echamos únicamente de menos a *Arene Candide*) y de cavernas

pintadas, abundantes notas bibliográficas e índices, completan el volumen que, si bien a veces peca de excesivo optimismo en presentar como resueltas todas las cuestiones, por otra parte sirve para inspirar confianza al lego en la validez científica de la moderna Prehistoria.

JUAN SCHOBINGER

MARCOZZI, V.: *Australopithecinae*. Separata del vol. VII de «Rivista di Scienze Preistoriche», 68 pp. Firenze s. a.

Se trata de una breve pero densa monografía dedicada al estudio comparativo de este interesantísimo grupo de fósiles humanoides. A pesar de no basarse en los materiales originales, sino tan sólo en calcos y en los datos extraídos de la literatura, nos parece que debe considerarse como un aporte de primer orden al conocimiento y a la valoración de los «simios-hombres» sudafricanos.

Comienza Marcozzi por brindarnos una breve síntesis en orden cronológico de los hallazgos de *Australopithecinae*, puesta al día hasta 1949 y completada por una utilísima tabla sinóptica. Con respecto a la edad geológica de los hallazgos, puntualiza la vaguedad de la cronología y concluye, provisionalmente, que los *Australopithecinae* debieron vivir durante un período que va del Plioceno medio al Pleistoceno medio. Resume luego las opiniones relativas a la posición sistemática del grupo de las que se deduce la incertidumbre de la ciencia acerca de si sus integrantes deben considerarse homínidos, simios o formas intermedias entre estos dos grupos.

La parte original del trabajo de Marcozzi es justamente un intento de plantear de manera objetiva el problema de la posición sistemática de los *Australopithecinae*. No es posible resumir, ni siquiera sumariamente, los elementos de juicio en los cuales se apoya el autor para formular sus conclusiones finales. Mencionamos únicamente que, luego de un prolijo estudio comparativo, Marcozzi expresa los resultados clasificando los caracteres morfológicos de cada uno de los hallazgos en las siguientes categorías: *pitecoides* (exclusivos de los antropomorfos o comprendidos en las variaciones propias de éstos); *primitivos* (comunes a los hombres y a los Antropomorfos, pero más propios de éstos); *intermedios*, incluídos o casi incluídos entre los valores humanos y los de los Antropomorfos; *prevalentemente humanos* y *humanos*. En base a esta tabulación, concluye que, por lo que puede juzgarse dentro de las limitaciones impuestas por la fragmentariedad del material, los *Australopithecinae* representan un grupo de primates distinto, tanto de los antropomorfos actuales como de los Homínidos.

Ninguna rama del saber humano trabaja sobre un terreno tan poco firme como la de los estudios filogenéticos. Poco claras y dudosas las condiciones de la evolución, prácticamente desconocidas sus causas, no hay patrones seguros a los que referir las conclusiones para ver si, aunque sea aproximadamente, responden a la realidad. Aún las mismas

«leyes» de la evolución, (la de la ortogénesis, la de la especialización, etc.), están siendo puestas en discusión. Esta situación caótica de los estudios filogenéticos se refleja con toda exactitud en los problemas de la filogenia humana, acerca de la que, exceptuados ciertos principios generales admitidos por la casi totalidad de sus cultores, bien puede decirse: *tot capita, tot sententiae*. Ya es un espectáculo usual para el antropólogo ver surgir nuevos árboles filéticos que vegetan durante un tiempo para agregarse luego, casi nuevos fósiles a la inmensa selva de sus antecesores rechazados u olvidados. Los paleoantropólogos aún los más sabios, raras veces resisten a la tentación de agregar a su labor descriptiva y comparativa algunas nuevas interpretaciones filogenéticas del material que estudian, y por lo general tan sólo contribuyen a aumentar la caleidoscópica y ya monstruosa bibliografía acerca de los orígenes humanos. Por todos estos motivos nos causa una profunda satisfacción un trabajo como el de Marcozzi en que la seriedad y competencia del autor, se traslucen tanto por lo que escribe como por lo que podría haber escrito y deja de escribir.

MARCELO BÓRMIDA

EASBY, DUDLEY T. (Jr.): *Los vasos-retrato de metal del Perú ¿cómo fueron elaborados?* en «Revista del Museo Nacional», tomo XXIV, pp. 137 a 153, Lima, 1955.

La perfección técnica que ostentan los vasos-retrato de metal, de hallazgo frecuente en el territorio ocupado por las culturas del antiguo Perú, permite al autor presentar un estudio interesante que trasciende la arqueología pura y entra en detalles de procesos técnicos que aunque hipotéticos, merecen una consideración especial por lo poco frecuentes en la literatura arqueológica americana.

Sostiene Easby que métodos utilizados por los artesanos modernos bien pueden servir para dar una idea de la cuestión, «teniendo en cuenta que los artesanos preincaicos estaban trabajando empíricamente» y carecían de instrumentos adecuados. Así, supone en el indígena, conocimiento de la fundición, martilleo, ablandamiento, todo previo a la obtención de la materia prima, dando por sentado que se trataba de metal en estado nativo y no de mineral metalífero.

Son de especial interés las referencias específicas acerca del cambio de estructura de los metales, según sea su tratamiento industrial por método mecánico o técnico. Esto habrá costado al indígena muchos ensayos, puesto que procedía empíricamente, a menos de aceptar la llegada de técnicos extrac Continentales antes de la conquista. Luego de estas digresiones, postula que es posible reconstruir el proceso de fabricación de los vasos contando sólo con los principios básicos de la metalistería, que explica claramente.

El primer paso habría sido colocar el disco de metal sobre un leño ahuecado, empujando luego la parte central mediante presión o marti-

leo. Inmediatamente cambiando de zona, se obtenía la pared vertical del vaso evitando arrugas o pliegues. La operación siguiente era martillar las paredes para lograr una acumulación de metal en el sitio donde más tarde iba a modelarse la cara humana. Finalmente, en condiciones ya de realizar el modelado se sirvieron de un molde de madera tallada. La técnica empleada fué martillar con un martillo pequeño y retocar boca y ojos con un punzón de piedra. El último paso fué la reducción del diámetro del vaso, que consistió en seguir martillando para llevar el exceso de metal hacia arriba y lograr, de este modo la finalidad perseguida.

Hasta aquí, un resumen de la presentación hipotética de la técnica de fabricación de los vasos-retrato de metal, vista por Easby. Es convincente, máxime que los dibujos ilustran perfectamente cada uno de los pasos. Aunque este tipo de hipótesis no es muy común en el campo de la arqueología, llamamos la atención sobre este artículo, porque es una prueba más de lo que puede conseguirse en nuestra ciencia mediante la colaboración de técnicos de las más diversas ramas del saber.

CIRO RENÉ LAFÓN

CANALS FRAU, S.: *Poblaciones indígenas de la Argentina. Su origen. Su pasado. Su presente.* Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1953.

No es ésta la primera obra de conjunto acerca de las poblaciones aborígenes de la República Argentina. Son muy conocidas por todos los especialistas tanto el libro de A. Serrano «Los aborígenes argentinos» como el opúsculo de E. Palavecino «Áreas y capas culturales del territorio argentino». Pero el libro de Canals Frau se diferencia grandemente de estas dos obras y puede considerarse como una novedad en la literatura antropológica del país. En efecto, la publicación de Serrano enfoca el panorama indígena de la Argentina arrancando principalmente de los datos arqueológicos y tratando a las noticias etnográficas casi siempre en función de ellos; el libro de nuestro autor, por el contrario, sale de los datos etnográficos y busca la colaboración de la arqueología para solucionar los problemas históricos relacionados con el poblamiento de las áreas humanas que estudia. El folleto de Palavecino trata esencialmente de las áreas culturales, las que pueden incluir varios grupos humanos, mientras que Canals Frau se aplica al estudio individual de cada etnia. Por otra parte, los datos que se acumulan son mucho más abundantes de los que han sido mencionados en todas las publicaciones del mismo tipo que la preceden y, por primera vez, tenemos en mano un libro que puede definirse como una verdadera *summa* de todo lo que conocemos acerca de los pueblos etnográficos de la república.

La misma variedad y complejidad del tema (son pocos los que lo

dominan profundamente en su integridad) nos exime de una exposición detallada de su contenido y de una crítica particularizada. Tan sólo nos limitaremos a exponer su estructura y sus ideas más generales, y, a puntualizar algunas cuestiones que caen más especialmente en el ámbito de nuestras propias investigaciones.

En una corta introducción, el autor expone los principios generales de las Ciencias del Hombre y concluye sosteniendo la oportunidad de emplear el término «Etnología» para indicar la Antropología *sensu lato*, es decir, la ciencia que trata del hombre desde el punto de vista zoológico y cultural. Expresa, además la necesidad de integrar en la Etnología también a la Lingüística.

La primera parte del libro debe considerarse como una introducción general destinada a la comprensión de la segunda, que es la que realmente responde al título. Se trata en ella el origen de la población americana y el autor resume y aplica más específicamente al territorio argentino las ideas que ya emitió en su conocida obra *Prehistoria de América*. Comienza con una breve exposición de la geología del cuaternario y de algunos conceptos fundamentales de la etnología (raza, nación, etc.). Trata luego sucintamente el paleolítico superior, el mesolítico, el neolítico y las altas culturas más antiguas del Viejo Mundo, refiriéndose luego a la difusión de cada uno de estos complejos culturales en el territorio americano.

La segunda parte de la obra está dedicada a los pueblos de la llanura: los Canoeros magallánicos, los Chonik o Patagones del sur, los *Puelche-Guénaken*, los antiguos *Pampas*, los *Charrúas*, el grupo del Litoral, los *Caingang* de la mesopotamia argentina, los *Guaycurúes*, los *Matacos* y los *Guaraníes*. La tercera parte trata de los pueblos andinos y andinizados: los primitivos montañeses, los *Huarpes*, los *Olongastas*, los *Comechingones*, los *Lule-Vilelas*, los *Tonocotés*, los *Sanavirones*, los *Diaguilo-Calchaquíes*, los *Capayanes* los *Omaguacas* los *Atapamas* y los *Araucanos*. A cada uno de estos grupos corresponde una verdadera pequeña monografía, síntesis muchas veces de los trabajos originales del autor; tal es el caso de los *Caingang* de la Mesopotamia, que Canals Frau descubrió y puso en evidencia, y el de los *Capayanes* de La Rioja y San Juan. En cuanto a los *Huarpes*, es especialmente valioso el resumen que el autor nos brinda, ya que es él quien más profundamente conoce a este grupo tan interesante. Cada capítulo se halla dividido en los siguientes puntos: generalidades, aspecto físico, estilo de vida, lengua e historia; el último de estos títulos es particularmente interesante, pues el autor expresa allí sus ideas acerca de la etnogonía del área que estudia, trayendo a colación los datos arqueológicos de la misma y buscando integrarlos con los etnográficos en una síntesis coherente.

La estructura misma de los capítulos a la que nos hemos referido, pone en evidencia que el libro de Canals Frau no es tan sólo una mera acumulación de datos, sino que también ofrece un importante aspecto especulativo. El equilibrio entre lo expositivo y lo especulativo, tan difícil de encontrarse en nuestras ciencias, lo resuelve el autor a la per-

fección con la sobriedad de sus inducciones, y digámoslo también, concediendo mucho más espacio al material que a la especulación; es ésta una sabia previsión propia del investigador maduro, quien sabe que los hechos quedan y las ideas vuelan y que la mejor forma de asegurar a una obra una vida larga y provechosa, estriba en reducir al mínimo todo lo que en ella pueda haber de caduco.

Antes de poner fin a estas líneas, queremos expresar algunas observaciones de carácter crítico, relativas a la parte del libro que se refiere a las poblaciones del extremo sur. Nos gustaría ver eliminado en una futura edición el sinónimo de Chonik aplicado a los Patagones del sur. Este término es ficticio, ya que no responde al gentilicio propio de este grupo que es *Aonikenk* y no es más que una creación moderna de los etnólogos basada en una falsa interpretación del vocablo *Chonek* que significa en aoniko-aishk «partida de hombres» con exclusión de mujeres. Con respecto a los antiguos *Pampas* estamos plenamente de acuerdo con el autor en la existencia de grupos étnicos pre-araucanos en las vastas llanuras situadas entre los habitat guennaken y querandí; no nos convence empero la atribución, a una parte de ellos, por lo menos, de la fantomática habla de Het, sobre cuya existencia las dudas son tantas que su sólo número aconseja borrar este nombre de todos los mapas lingüísticos. No es posible deducir la existencia de una entidad lingüística desconocida invocando palabras que no se explican con las otras lenguas de la zona; mas, cuando una de ellas, el Guennena-iájich, es tan poco conocida y es altamente probable que en base a ella puedan explicarse casi todos los escasos vocablos supuestos Het que han resistido hasta ahora a la crítica. Insistimos sobre este punto, ya que nos parece que el problema de los primitivos habitantes de la Pampa, debe ser retomado desde las raíces y sobre nuevas bases, y, en esta tarea el fantasma del Het postulado *a priori* y sobre bases tan frágiles, puede resultar un estorbo.

MARCELO BÓRMIDA

GUSINDE, N.: *Os Pigmeus africanos. Tipo físico e características culturais*, en «Revista de Antropología», vol. III, pp. 81 a 93. Sao Paulo, 1955.

En este breve trabajo, el conocido etnógrafo de la escuela de Möd-ling, brinda un corto resumen de la antropología física y de la cultura de los pigmeos africanos, refiriéndose especialmente a los grupos del río Ituri (Bambuti). La síntesis es particularmente interesante en cuanto se basa en gran parte sobre las observaciones directas del autor.

En primer lugar, Gusinde bosqueja el ambiente de la floresta virgen tropical, en donde se desarrolla la vida de los pigmeos. Reseña luego los antecedentes históricos relativos al conocimiento de este interesante grupo humano. Resume las características raciales del grupo occidental, poniendo de relieve que su estatura media es de 1449,5 mm.

para los hombres, y de 1382,1 mm. para las mujeres; informa que un individuo femenino apenas alcanzaba los 1200 mm. En base a estos datos puntualiza que los pigmeos orientales representan la raza más baja de la humanidad, tanto viviente como extinta. En cuanto a las variaciones de la talla en todo el grupo pigmeo rechaza la tesis de Schebesta, quien afirma que la estatura más elevada del grupo occidental es debida a influencias genéticas de los negros. Para evitar toda confusión que pueda surgir de la aplicación de los términos «pigmeos» y «pigmoides», (terminología basada en el límite de 150 cm. de talla), propone designar a todos los negrillos con el nombre de «twides».

La exposición de las características culturales de los pigmeos no agrega muchas novedades a lo que ya se conoce a través de las grandes monografías que han aparecido sobre este tema; se vuelven a poner en relieve la economía basada exclusivamente en la caza y la recolección, la propiedad personal de los productos del trabajo, la monogamia como regla general y la creencia en un Ser Supremo, algo borrada sin embargo en algunos grupos.

En el párrafo dedicado al futuro de los pigmeos aprendemos que éstos cuentan con 32-35.000 individuos por lo que se refiere al grupo oriental, 9.000 para el meridional y 60-90.000 para el occidental. Una masa tan grande de individuos, vistas las condiciones particularmente desfavorables de su habitat, promete conservarnos aún por mucho tiempo este interesantísimo testigo de una de las culturas más primitivas de la ecumene.

Desde el punto de vista teórico, debemos observar que, en el trabajo de Gusinde, llaman fuertemente la atención algunas apreciaciones que no parecen vertidas por la pluma de un adherente a la Escuela Históricocultural: nos referimos a las numerosas postulaciones de una vinculación casi determinística entre la cultura y el ambiente. Claro está que en un trabajo sintético resultaría difícil para el autor aclarar convenientemente el alcance y los límites de sus afirmaciones de carácter general.

MARCELO BÓRMIDA

IBARRA GRASSO, D. E. — BRANISA, L.: *Nuevos estilos en la cerámica prehispánica de Bolivia* en «Anais do XXXI Congresso Internacional de Americanistas», pp. 727-762. Sao Paulo, 1955.

En este trabajo, presentado ante el XXXI Congreso Internacional de Americanistas reunido en San Pablo, Brasil, en agosto de 1954, los autores dan a conocer una serie de nuevos tipos de cerámica boliviana.

Con las investigaciones realizadas en el vecino país durante los últimos años se amplía de manera notable el panorama arqueológico del altiplano, donde, hasta épocas muy cercanas, los estudios se limitaban casi exclusivamente a la región de Tiahuanaco. Se va llenando así, poco a poco, el gran claro que significaba el desconocimiento de la arqueología

logía de la gran zona que se extiende desde las inmediaciones del lago Titicaca hasta la frontera argentino-boliviana.

Esos nuevos trabajos permiten también interpretar mejor las culturas localizadas en nuestro Noroeste. Pues, es evidente que muchas de ellas, especialmente las que se desarrollan en la Quebrada de Humahuaca y en la Puna argentina, están estrechamente relacionadas con las culturas bolivianas. Y hasta es posible que esos complejos culturales se continúen en el altiplano, ya que de ninguna manera la actual frontera política constituye una frontera étnica o arqueológica.

El trabajo que reseñamos consta de dos partes, precedidas por una introducción que firma Ibarra Grasso. La primera sección es una presentación de materiales de Chuquisaca y Tarija, realizada en colaboración por ambos autores. En la segunda, Ibarra Grasso reseña los nuevos estilos cerámicos de los departamentos de Cochabamba, Potosí y La Paz, concluyendo la exposición con un breve capítulo denominado « conclusiones » que también es del mismo Ibarra Grasso.

Los distintos estilos, que para los autores representan otras tantas culturas, se describen con indicación de las respectivas áreas de dispersión, origen de las colecciones, pasta, forma y decoración, todo ello ampliado en algunos casos con datos sobre elementos no cerámicos pertenecientes a esas mismas culturas.

El capítulo más interesante es el de las Conclusiones. Pues, ahí se esboza un cuadro cronológico que enlaza a todas las culturas presentadas, construido en parte con evidencias obtenidas sobre el terreno y en parte con análisis estilístico y tipológico.

Se señalan algunas similitudes entre los tipos bolivianos y los conocidos de nuestro Noroeste, con los cuales estarían muy vinculados. Las similitudes aparecen entre algunas de las manifestaciones de la cultura Yampará y Condorhuasi; entre la cultura Tarija Policromo y la cerámica de Santiago del Estero; y entre la cultura de Mollo y los materiales de la Quebrada de Humahuaca. Según afirma Ibarra Grasso, la cerámica de Mollo estaría también muy emparentada con la alfarería Atacameña y la de Arequipa descrita por Kroeber. Las influencias bolivianas que llegaron a nuestro Noroeste habrían seguido el camino del Chaco salteño.

Es de lamentar que las descripciones de los tipos no vengan acompañadas de ilustraciones, lo cual habría constituido un valioso complemento del trabajo que acabamos de reseñar.

PEDRO KRAPOVICKAS

LOOSER, G.: *Esbozo de los estudios sobre los indios de Chile*. De «Revista Universitaria», año XXIX, pp. 109 a 150. Santiago de Chile, 1955.

Este trabajo, realizado hace cinco años, constituye el primer capítulo de una obra de síntesis histórica preparada por varios autores, que

aún no ha podido ser publicada. El temor a que pierda «su oportunidad, y creyéndolo de alguna utilidad para los que se interesen por nuestros indios», ha sido, según su propia confesión, lo que ha movido a su autor a publicarlo separadamente. Y en verdad que resulta una publicación sumamente útil, no sólo para los que se interesan por los aborígenes de Chile en especial, sino que, también para los estudiosos de la Etnología de América en general.

En realidad, hasta ahora no contábamos con ningún trabajo similar. Pues, las bibliografías anteriores, como las de Porter y Latcham, se limitan a incluir publicaciones chilenas. Es de lamentar, empero, que en un trabajo tan amplio y necesario como el presente, Looser se ocupe solamente de autores desaparecidos, pues hay obras contemporáneas muy meritorias, que contienen en sus notas referencias a datos bibliográficos, que no siempre son accesibles al investigador extranjero.

A esta ardua labor recopilatoria, dispersa en relaciones de la conquista, cronistas e historiadores coloniales, viajeros, colecciones documentales, etc., su autor la presenta dividida cronológicamente en tres períodos:

- I. Descubrimiento y conquista de Chile (1520-1600).
- II. La Colonia (1600-1810).
- III. La República (desde 1810).

En cada período menciona, con abundantes comentarios, las fuentes donde pueden hallarse referencias a los habitantes indígenas que poblaron el suelo chileno.

Seguidamente —en el cuarto capítulo— se pasa a enumerar las colecciones de documentos y revistas publicados en Chile y que contienen noticias de importancia sobre sus aborígenes, bibliografías de temas antropológicos de igual procedencia, así como también algunas obras generales publicadas en el exterior y que hacen referencias al mismo asunto.

El quinto capítulo nos presenta un panorama bastante pobre de los estudios antropológicos que se realizan actualmente en Chile, atribuyendo gran parte de ello a la escasez de recursos económicos con que cuentan sus investigadores para poder llevar a cabo su tarea.

Finalmente en el sexto capítulo enumera las publicaciones citadas, dando datos precisos para su fácil localización. Un índice de autores, compiladores, traductores y editores citados en los capítulos I a IV cierra el trabajo.

MARÍA NÉLIDA MOISÁ

BADANO, V. M.: *Caracteres del arte plástico indígena del Paraná inferior*. De: "Anais do XXXI Congresso Internacional de Americanistas", pp. 777 a 800. Sao Paulo, 1955.

Víctor M. Badano, cuyo reciente fallecimiento deja una profunda brecha en las no muy densas filas de los que dedican su labor al estudio

de las comunidades aborígenes de nuestro país, hace, en el trabajo que reseñamos, una sintética presentación de las características más relevantes del arte indígena del Litoral. Como se sabe, el aspecto más destacado de este arte está constituido por las famosas representaciones plásticas que se encuentran en una amplia extensión de costas del río Paraná.

Badano nos habla primeramente de la dispersión que alcanzaron esas representaciones. Reúne luego las opiniones de diversos autores sobre la estirpe de las gentes que las fabricaron, sobre el arduo problema de las culturas a las que pertenecieron y al posible origen de este interesante arte figulino. A este respecto cree el autor que la abundancia de medios de subsistencia habría favorecido el desarrollo de esta manifestación artística. Nuestro autor describe a continuación los distintos ejemplares conocidos, dando las peculiaridades de la cerámica, su forma y decoración. A esto sigue una clasificación de las representaciones en ocho tipos.

Partiendo de la base de que los pueblos del Litoral que encontrara la conquista española fueron los productores de estas manifestaciones plásticas y que entre éstos eran las mujeres las que se dedicaban a ello, Badano pasa revista a las distintas técnicas empleadas y a los instrumentos utilizados en su fabricación. Al hablar de los modelos que inspiraron a los artífices y su proceso de estilización, agrupa a las figuras en dos grandes órdenes, según sea la manera de tratar los motivos: las «expresionistas» y las «impresionistas».

Seguidamente, pasa revista a todos los elementos decorativos que complementan el modelado, con sus diferentes caracterizaciones y agrega, para mostrar su riqueza artística, una lista de 23 variantes en la representación de los ojos.

Termina el autor su trabajo, al que agrega una larga bibliografía, señalando los rasgos más generales del arte de los ribereños paranaenses. En su concepto, este arte no tendría su igual en la Argentina, y sería la resultancia de una larga evolución. Al compararlo con los modelados de la cerámica de Santarem señala notables diferencias entre ellas, siendo la principal que el estilo brasileño aparece muy recargado, en tanto que el paranaense sería «limpio, depurado y de sobria elegancia», según lo califica el autor.

PEDRO KRAPOVICKAS